

LA VIDA MUERTA

La vi alejarse, y sin duda con ella se fue mi sonrisa. Llegó con su característico olor a desodorante de baño. Siempre le reproché que me molestaba ese perfume, pero esta vez fue diferente; ese olor que semejaba a los urinarios de caballeros hizo que mis vísceras se llenaran de paz. Su visita me subió la autoestima, hacía varios días que me sentía feo, con la nariz llena de espinillas y las uñas crecidas. Hoy mi estado de ánimo cambió a pesar de que en este lugar no se ve la luna y huele a comida de rancho. Ni a mí, ni a Karina nos importó, por eso estuvo aquí, acariciándome la mejilla y mordiéndome los labios. Se que ahorita Karina está allá afuera disfrutando de una cama calentita, de un chocomilk con mucha vainilla, embriagándose de su libre albedrio. Como me gustaría volver a sentir el aire que se respira allá afuera, hay veces que me pongo a soñar que me salen alas y salgo por las rejas de esta porquería y vuelo, disfrutando de la vida, del viento, de las mañanas, me imagino que soy libre, pero de repente despierto y me encuentro aquí otra vez, encerrado, sin esperanza. Lo único que me consuela es saber que en estos momentos pase lo que pase Karina estará conmigo compartiendo lo que yo llamo la vida muerta

Todo comenzó exactamente ase un año, yo estudiaba el primer semestre de la carrera de derecho en la UNAM. Tenía diecinueve años y también el mismo número de barros en la frente. Toda mi vida soñé con tener un titulo de abogado, sabia que algún día impartiría las leyes con tal honestidad que yo mismo me reprobaría de orinar en los postes de luz como era costumbre después de una noche de juerga. Mi novia Karina y yo éramos muy jóvenes; ella estudiaba en el bachilleres 10; a pesar de nuestra juventud éramos independientes. Ella vivía en un depa con un grupo de amigas y yo por mi parte en la casa de un cuate. Ninguno de los dos frecuentábamos a nuestros papás, aunque las únicas personas que a veces visitaban a Karina eran sus tíos, que por cierto nunca tuve el gusto de conocerlos.

Una tarde fue mi novia Karina a la facultad de derecho. Llevaba puesto un chupón y un babero y me dijo: “felicidades, flaco, vas a ser papá.” Me quedé tirando más baba que un borracho a las tres de la mañana. Sentí un sacón de onda que estalló con la misma intensidad de un volcán en erupción. La noticia literalmente me... o mejor dicho nos cambió la vida. Lo que Karina y yo habíamos tratado de evitar todo nuestro noviazgo, se había concretado esa tarde. Al principio lo platicamos, lo valoramos, lo discutimos de diferentes perspectivas y siempre llegábamos a la misma conclusión, que en esta embarcación íbamos a estar solos. A pesar de los riesgos que corríamos, Karina quería tenerlo. Así que no me quedo de otra más que apoyarla y aferrarme a la esperanza de que íbamos a salir avante. El desconcierto nos duró también los siguientes

meses. En el proceso del embarazo dejé la escuela provisionalmente y conseguí un trabajo de capturista en el registro civil. Rentamos un departamento más o menos bien, lo amueblamos con algunos objetos usados que nos regalaron nuestros amigos. Yo tenía una motocicleta Seiscientos, de color amarillo canario que había sacado en pagos, la amaba casi igual que a mi novia. En realidad al principio no sufríamos con los gastos de la casa, es más nos dábamos algunos lujillos; no porque ganara bien de capturista, sino porque a las dos semanas de que Karina me dejó caer la noticia, gané un premio en mi escuela con un proyecto que metí con respecto a la ley de radio y televisión. Aunque no fue mucho dinero, sí me alivió con cosas materiales. Esos días me ponía a pensar que tenía todo lo que anhelaba cualquier individuo, pues tenía a Karina que sin duda alguna era el amor de mi vida. Ella era super risueña, siempre procuraba que yo no me estresara, también siempre tenía un buen consejo para mí. Yo quería que mi hijo naciera con sus ojos color miel, o con su mini boca. Todo me parecía bonito en ella, quizás lo único que no me pasaba, era que utilizaba un perfume con olor a desodorante de baño y olía patéticamente horripilante.

En esos meses en que el feto evolucionaba, conocí al Cocodrilo, un lacra que le pegaba a los secuestros Express. Nos volvimos muy amigos porque era nuestro vecino. Muy a menudo jugábamos fútbol, play station o nos íbamos de locos parranderos. Él era soltero y estaba chavillo igual que yo. Con 19 años tenía toda la facha de un rocker power; pelos pintados de güero, tatuajes en el antebrazo, expansiones en las orejas y unos converse mas olorosos que mis axilas. Después de todo era un tipo bien aliviado. Era muy buena gente conmigo: pero con los demás no tanto. Un día íbamos él y yo en un SEAT IBIZA de lujo con rines de 18 pulgadas y quemacocos: era uno de sus múltiples carros robados, lógicamente yo no lo sabía en ese momento. Veníamos aventándonos bien a gusto unas micheladas. Él agarraba con la mano izquierda el volante y con la derecha me apretaba la pierna y me decía: “No carnalito ¿sabes lo que me late de ti?” le respondí negativamente con un movimiento de cráneo, y continuó: “Es que la neta eres bien relax, pero eso no quiere decir que seas pendejo; si te la sabes ¿eh?, eres pobre por que quieres”. Antes de que siguiera su plática se paró frente a un semáforo en rojo y a mi costado se dejó ver una flamante troca que parecía que estaba pulida por los mismísimos ángeles. El conductor era un señor barbón. Fue en ese instante donde me di cuenta que su chamba de ratero lo hacía ser una persona sin escrúpulos ni valores. Y, válgase la expresión, valemadrasta hasta las nalgas. Pues cuando vio, la troca, a escasos metros de su carro, las venas de la frente se le saltaron, no dudo en sacar su pistola y en lo que cargaba, me dijo: “mira, carnal, apréndete esto, cuando robas a un culero que caga dinero como este ojete y muerto de risa se compra otra mañana, no es robo lo que haces, sólo es quitarle el pan para dárselos a los necesitados.”. No dijo más, cortó cartucho, con un intento de carcajada de villano de telenovela; se bajó, y se dirigió al conductor. Rompió la ventanilla y golpeó con puros cachazos al conductor. Lo hacía con un odio que podría jurar que estaba viendo al mismísimo demonio. Ya

no pude ver el desenlace. Después del altercado me di a la fuga. Arranqué el ibiza y ¡vámonos!. Salí quemando aceite. Apreté el acelerador que parecía como si estuviera compitiendo en la formula uno. Así lo sostuve hasta que llegué a mi hogar.

En ese trayecto me pasaron por la mente muchas cosas. Me di cuenta que mi hija no podía crecer en este ambiente. Yo odiaba a los estúpidos rateros y desde chico tuve intenciones e ideas de que sí se podía crear una buena sociedad regida por valores. Mi sed de cambio era mucha. Por eso yo estaba aportando lo mío, mi sueño de llegar a ser un abogado honesto era una manera de estar en paz y en armonía con la sociedad, y delincuentes como el Cocodrilo tenían que estar refundidos en la cárcel.

Pasaron muchos días después de lo sucedido en aquel semáforo, decidí congelar mi relación amistosa con el cocodrilo. O al menos eso pensaba, hasta que llegó aquel encuentro en el parque y que más adelante detallare. Karina y yo habíamos acordado que después del parto rentaríamos otro departamento, fuera de este pervertido ambiente. Aunque ganas no nos faltaban de dejarlo, no podíamos porque debíamos ya algunos meses de renta y cambiarnos implicaba mudanzas, deposito, fiador, etc. El dinero que yo ganaba era una miseria y apenas si sobrevivíamos. En esos meses que el ombligo de Karina se ensanchaba, nos la vimos duras; pero el noveno mes sin duda fue la pesadilla, fue como si cada día que pasara fuéramos directo a la hoguera. Una tarde venía de mi trabajo, en mi moto Seiscientos de color amarillo canario, estaba visualizándome como todo un abogado próspero y millonario, tenía metas de poner negocios, pensaba que mi esposa y mi hija se sentirían orgullosas de mí; fue así que sin razonar me metí a una calle donde la mayoría de las casas estaban en construcción, el aire rozaba mis pupilas asiendo que mis ojos parecieran de japonés y mi pelo se veía como de modelo en comercial de lencería. Aunque no venia tan rápido si un poco distraído, de pronto recuerdo que vi la acción en dos tiempos: en el primer parpadeo vi una tabla que se atravesó con la misma velocidad que una tortuga se acerca a su comida, y por más que traté de dar el volantazo fue imposible. En el segundo parpadeo ya me encontraba yo, por los aires, volando como el Superman que quise ser de niño. Bueno, en realidad fueron tres actos, pero de este último sólo sentí el putazo que me dejó inconsciente. Por si fuera poco no nada más quedé inconsciente sino que me llevaron al hospital con las costillas rotas. La motocicleta tuvo una pérdida total y no recibí ningún dinero del seguro porque no estaba asegurada. Creo que ese fue el principio, porque después del tremendo choque, nos empezó a granizar toda clase de problemas económicos y morales.

Tarde diez días recuperándome en un hospital particular. Saliendo de ahí tuve que pagar un dineral por mi estancia por que en mi trabajo de capturista no me daban seguro; y para poder liquidar, vendimos cosas del depa. También empezamos a limitarnos en la comida. Había veces que comíamos sopa de pasta y nos hacíamos tacos de la misma sopa. Eso si bien nos iba, y cuando no, tortillas con sal. Los días que me internaron en el hospital dieron pie a que me

corrieran del trabajo. El sujeto que estaba de gerente nunca me creyó que con ese tremendo choque estuviera entero y sólo con unas vendas en las costillas y con una costra prieta en la mano izquierda, que por cierto esa lesión significó mucho en mi vida.

La tarde que me dieron de alta en la clínica, del coraje, venía tirando espuma por la boca de saber que me había quedado sin chamba, y para mi mala suerte también me encontré al Cocodrilo en un parque que estaba cerca de la casa. Platicamos un rato sobre mi estado de salud y otras tonterías no quise ser descortés con el, era obvio que ya se me había pasado el coraje. Ahí me aventó la noticia que literalmente me cambió la vida. Era evidente que el conocerlo nunca me trajo cosas buenas y aquí lo comprobé. Me propuso un secuestro. Estábamos en una banquita del parque, el se veía entusiasmado y yo con ojos de perrito regañado. Me aseguro varias veces que era cosa fácil. Me propuso muy entusiasmado: Anímate carnalito el asunto es papita, es solo un trailer eso si no cualquier trailer ¿sabes cuanto le calculo a la merca? ¡No! Le respondí. Prosiguió: -Como un milloncito de pesos ¿a poco no es una joyita? “¿Y qué papel juego yo en el secuestro?” Le pregunté, Según él afirmo, que yo era muy importante dizque para dar el tiempo necesario al secuestro y que supuestamente yo manejaba de maravilla. No era cierto lo de la manejada. Sospeché que ese cuate me quería para que yo lo asesorara y sacara de la cárcel por si algo salía mal. Me siguió convenciendo, diciendo que todo estaba medido, me juró que iba a estar súper fácil y me volvió a repetir lo que dijo alguna vez, de que quitarle el pan a algún rico para dárselo a los necesitados (que en este caso éramos nosotros) no era robar. De todos modos, por más que me dijo del dineral y que estaba fácil, yo me negué rotundamente, y asumí una postura insobornable. No acepté no porque no se viera jugoso el asunto, sino porque mi mis valores humanos y mi dignidad estuvieron de por medio y mis metas en la vida eran otras. Al final de la plática me dijo que lo pensara, que tenía una semana, que oportunidades como esas no eran frecuentes, se paro de la banca del parque, tiró un gargajo prendió un cigarro y se perdió entre las margaritas y violetas.

Esa tarde entre a mi depa y Karina me comento que el dueño del departamento la amenazo, que si no pagábamos los meses que debíamos de renta, nos iban a correr del departamento. Por si fuera poco, ella estaba en días de dar a luz y quién sabe cómo le íbamos a hacer para pagar el parto si no teníamos ni en qué caernos muertos. Los problemas económicos se fueron intensificando al no tener chamba.

Esa noche se introdujo en mi mente la idea que me propusiera el Cocodrilo, la del secuestro. Me ponía a pensar que si de verdad lo hacíamos bien, se solucionarían mis problemas al instante, pagaría mis deudas. Ese dinero me daría estabilidad y así podría terminar lo poco que me faltaba de mi carrera, para llegar a ser un abogado respetado y exitoso. Pero de pronto venía la contraparte: me sentía como el personaje de esas películas en donde aparecen en la patilla derecha un ángel y en la izquierda un diablo. Y pensaba: qué tal si todo sale mal. Si nos descubren, no estaba preparado para eso. Nunca tuve la necesidad de enfrentarme, en carne

propia, a esas cosas de delincuentes y volvía a la realidad. Yo estaba muy joven y tenía futuro, por algo me dieron el premio en la escuela. No valía la pena echar a perder mi vida. El Cocodrilo, como quiera que fuera, no tenía familia ni nada que perder; pero yo tenía a mi novia y una hija en camino. La mayor parte de los días sucesores, me despertaba muy pensativo. Se me bajaba la presión y se me iba el hambre solo de pensar en los problemas en que estábamos metidos, por si fuera poco. Cada vez faltaba menos tiempo para el atraco y el parto y yo me sentía entre la espada y la pared.

Esas tardes comprobé que Karina era un mujerón. Simplemente era un hombre afortunado al tenerla a ella. Me daba ánimos, me levantaba la autoestima. Ella no supo de la propuesta que me había hecho el Cocodrilo; y por ende, se sentía menos confusa, aunque si bastante presionada; pero ahí no paró el asunto. Las cosas se siguieron agravando. Me llegó un telegrama notificándome que si no pagaba las mensualidades atrasadas de la motocicleta me iban a demandar por incumplimiento de contrato y robo y que me pondrían en buró de crédito. Mi vida parecía un reloj de arena, en el que cada arenita era un problema. Tenía que comprar mis medicinas y estas costaban carísimas. Si no era el gas que se acababa, era la luz que nos la cortaban; el predial con deudas, el agua que la debíamos, el teléfono suspendido, la comida que no alcanzaba. No tenía ni para los pasajes para salir a buscar trabajo y por si fuera poco, pedía fiado en todos lados. Llegamos al grado de no tener ni para comer, situación que derramó el vaso, puesto que Karina embarazada, lo que más necesitaba era alimentarse bien. Por si fuera poco yo no encontraba empleo en ningún lado. Llegué al extremo de una tarde lavar retrovisores en los semáforos; pero no ganaba lo suficiente como para poder solventar mis gastos apremiantes. También me subía con mucha angustia a sacar mis dotes de actor en los microbuses. Una mañana monté mi súper show de acuerdo a lo que me estaba sucediendo y al terminar recorrí el pasillo con mi mano extendida, y la esperanza de que alguien me ayudara. De pronto que se acerca una anciana y que me dice: “oye hijo, mejor ponte a trabajar, a Dios no le gustan las mentiras”. Nunca me lo hubiera dicho. Que me bajo del micro mentándole su puta madre. Abajo de esa sardina rodante en una esquina se encontraban muchos niños de la calle, algunos estaban tirados y otros pidiendo limosna como yo. Durante el rato que estuve observándolos, me di cuenta que nadie les hacía caso. La gente pasaba sin reparar en ellos. Entonces me percaté que en esta puta sociedad cada quien se rasca con sus propias uñas. Si ellos que son niños y casi se están muriendo de hambre nadie les hacia caso, qué me esperaba yo que era un joven y con un semblante –supongo- menos jodido., Por eso me di cuenta que nadie me iba a ayudar. En ese instante me sentí el adolescente más miserable del universo, sabía que si no asía algo, en verdad iba a morir de hambre.

Por fin llegó el día en que se efectuaría el atraco. La noche anterior no pude cobijar mis pupilas. Me seguía aleteando ya bien enserio la idea de secuestrar el camión de carga, pero a pesar del Sunami en que me encontraba, seguía con la sólida idea de no hacerlo más que nada

por mi hija. Sabía que librando ese día ya todo se verá menos complicado. Ese día lo recuerdo perfectamente fue un 17 de agosto, mi cuerpo olía a sudor y mi pelo se veía como si tuviera rastas. Al amanecer lo primero que hice fue cerrar las cortinas para sentir que seguía siendo de noche. Me quedé en la cama, sintiéndome un mixtote a punto de coserse por el calor. Estaba tembloroso, sin ganas de ver a nadie. Quería dormirme todo el día y despertar al otro, y al menos así lo intenté toda la tarde y hasta las ocho de la noche que fue la hora en que escuché el traqueteo que hicieron las alas de la cigüeña que pasaron cerca de mi cabeza sudorosa. Cuando pensaba que ya no me podía pasar algo peor, llego ese instante, ya no sabía si Karina se quejaba porque venía mi hija en camino, o si era uno de sus múltiples días de estreñimiento en el baño. Luego de comprobar que no era estreñimiento salimos corriendo hacia el hospital que por suerte quedaba cerca de la vivienda. Karina estaba a punto de dar a luz, y se quejaba, como si le estuvieran metiendo un supositorio. Cuando llegamos parecía que llevaba a la mismísima virgen de Guadalupe entre mis brazos, porque hubo una rápida movilización de médicos. Antes de que llegáramos, Karina me dijo que ya le había mandado un mensaje a su tío lejano para que nos ayudara con los gastos médicos. No obstante estaba preocupada, porque su tío no le había respondido. Yo le mentí diciéndole que un amigo ya me había prestado que no se preocupara y que solo se dedicara al parto. Por eso se fue más tranquila. Ya bastante tenía con parir. Entonces supe hasta dónde me había conducido mi supuesta dignidad. De qué servía ostentarla, si no tenía para pagar un pinche parto. Hubiera podido seguir con esa dignidad si no hubiera visto a ese hombre en el hospital, mientras Fernanda abría las piernas y pujaba. Yo estaba sumamente angustiado en la sala de espera, no sabía qué hacer. Tenía pánico, histeria, estaba muy confundido. Mi mente empezó a dar alojamiento a toda la multitud de problemas ya mencionados. Fue ahí cuando vi al hombre que me incitó a darle un giro radical a mi vida. Era un señor de unos setenta años, alto, trajeado, y con una cascada de pelo en las mejillas. Pasó junto a mí muy presuntuoso. Su perfume olía a sandía, en ese momento me di cuenta que era aquel mismo señor al que el Cocodrilo despojó de su camioneta. Cuando le vi su cara barbona, al instante me vino a la mente lo que decía el Cocodrilo: de que quitarle el pan de la boca a un rico para dárselo a un necesitado no era robar”. Lo comprobé, porque el señor peludo de la quijada salió del hospital con reloj, cadenas, traje, joyas, lujos que sólo un adinerado puede tener. Salió custodiado de dos guardaespaldas y se subió a un carro mucho mejor que el que le habían robado.

Al carajo mi dignidad, mi ética profesional, yo era un necesitado y a esos hijos de puta no les duele perder ni camionetas joyas: siempre van a ser millonarios. Eso lo pensé mientras miraba como se alejaba el tipo barbon. Fue así como decidí a colaborar en el robo. Salí dispuesto a todo con tal de que Fernanda y mi hija no tuvieran una vida infeliz. Llegué a la bodega una hora antes de que partiéramos a Celaya, a donde se haría el secuestro. Cuando arribe estaba el Cocodrilo con dos chavillos. Al momento de verme me dijo: “demasiado tarde,

carnal, ya tengo con quién hacerlo, ni pedo, ya no entras en mis planes”. Le supliqué: “no, aguántame, vengo del hospital, mi esposa se está aliviando, dame chance, no tengo ni un peso, estoy endrogadísimo”. Me le hincó le supliqué como nunca se lo hice ni a dios Yo creo que sí me vio muy angustiado, porque después de eso me dijo: “pero con una condición” ¿Cuál? Le pregunte. -Te va a tocar menos varo de lo que habíamos acordado, esa es la condición: ¿lo tomas o lo dejas?” ¡Claro!, le respondi sonriente la verdad es que, no me podía poner exigente. Él habrá seguido pensando que si algo salía mal yo lo sacaría de la cárcel sin broncas. Me explicó detalladamente cómo iba a ser el golpe. Los carros obviamente eran robados y entre ellos se encontraba la troca del señor barbón que vi en el hospital y el Ibiza. Las pistolas eran todas de calibre pequeño pero capaces de atravesar un par de sesos; y aunque nunca había tocado ninguna, me acoplé perfecto a su mango, después de algunos disparos al aire, me sentí preparado. Me subí frente a los pedales de la troca, el cocodrilo se subió como mi copiloto. Los otros dos amigos del Cocodrilo se subieron a su ibiza y fue así como dejamos la bodega y partimos hacia la carnada. Tardamos dos horas en llegar donde supuestamente sería el atraco. Durante e el trayecto me la pasé reflexionando de mi vida. Sabía que cuando todo esto pasara, acabaría en los brazos de Karina, cargando a mi hija y con la esperanza de algún día tener mi título de abogado. Estaba seguro que todo iba a salir bien. Mi futuro lo dejaba en las manos de un experto en esos menesteres como el Cocodrilo: y el también, su futuro lo dejaba en mis manos. También recordé el momento que le dio un giro a mi vida cuando Karina me dijo que estaba embarazada. Tenía pensado que regresando con el dinero del secuestro, le iba a llevar serenata a Karina, rosas y la follaría de besos, a ella y a mi hija.

Llegamos a una bodega de SONY en Celaya , de donde salían trailers cada 25 minutos. Eran muchos los que partían pero ningún carro era tan grande como ese mastodonte rojo, de doble caja, del que me enamoré por su gran valor económico y adentro venia nuestra mercancía, puras lap top y Ipod. No voy a negar que no sentía pánico, pero ese torote era la salvación a mis problemas. Era el momento de quitar el pan de la boca a SONY. Lo seguimos hasta que llegó a la primera gasolinera. En lo que el trailer llenaba su tanque, el Cocodrilo nos advirtió que por ningún motivo nos quitáramos las mallas de la cabeza, ni que desobedeciéramos sus órdenes. La oportunidad llegó cuando la bestia roja salió de la gasolinera. Ahí los del Ibiza se le cerraron y el Cocodrilo se bajó con pistola en mano. Rompió el vidrio del conductor y lo encañonó con lujo de violencia. El Cocodrilo me hizo la seña de que me subiera con él. Entonces con todo y el miedo natural, abandoné la troca y corrí a sentarme al lado del conductor, que estaba con la cabeza pegada a las rodillas y su mirada en el piso. En un momentito alzo a cara y miro la costra de mi mano izquierda, pero fue bajado con un cachazo en la espalda. Salimos quemando llanta a ciento ochenta kilómetros por hora. El conductor gritaba que no le hiciéramos nada, porque tenía hijas, pero al Cocodrilo le valía y más lo golpeaba. Yo sentía feo. Nunca había estado en una situación similar y me hería los sentimientos al pensar que su familia lo estaba

esperando y también me venía a la mente mi hija y Karina. Sabía que era la última vez que lo hacía. Tenía pensado irme a provincia cuando todo pasara; estudiar la carrera allá para poder tener mi título. A mi hija le iba a comprar muchos juguetes. Karina y yo nos casaríamos y seríamos felices, sin problemas económicos. Sin embargo, algo me incomodaba ¿cómo era posible que estuviera en esa situación si por eso decidí estudiar para abogado y para refundir a los delincuentes en la cárcel? Siempre fui en contra de la corrupción y la delincuencia. Había renunciado a mi ética profesional, a mi dignidad, a mis valores humanos pero no a mis sueños. Llegando a la casa de seguridad, y después de cobrar lo del secuestro y que pasara esta tormenta, tenía en mente llegar hacer el hombre más honesto que se haya visto en el planeta. Caímos en la casa de seguridad, nos bajamos de prisa. Teníamos sólo veinte minutos para descargar el coche. así lo dijo él Cocodrilo. Dejamos al conductor amarrado abajo del volante y en lo que desmontábamos el trailer mis nervios se empezaron a incrementar. Presentí algo malo pero pensé que eran mis nervios. Todo estaba saliendo como lo habíamos planeado. Las cajas que bajábamos del camión estaban llenas de aparatos electrónicos, todas las lap estaban nuevecitas eran de las que apenas iban a salir al mercado. Estaba a punto de resolver mis problemas cuando de pronto vimos unos destellos de luz roja que alumbraron las cajas de cartón. Fue el Cocodrilo el que dio la voz de alarma: “¡La policía!” Lo primero que hice fue voltear; me quedé estupefacto cuando comprobé que efectivamente todo se había derrumbado eran muchas camionetas de la AFI, y policías federales encapuchados, nos había caído el operativo por sorpresa. Obedecí a mis impulsos que me llevaron a correr por una carretera corta No pensé nada en ese momento, sólo sentía mi cuerpo como si tuviera una camisa de fuerza. Después me enteré que fue el conductor del trailer quien avisó por un celular a la policía. Cometimos el error de nunca revisarlo. Los dos amigos del Cocodrilo se fueron corriendo por un barranco. Al final de la carretera, yo y el Cocodrilo nos fuimos por atrás de la casa de seguridad. En ese momento ya no me importaba el dinero, sino que mi hija creciera con un papá, libre, y no con un convicto. Nos introdujimos a una unidad habitacional y después nos saltamos a una casa de tres pisos que tenía un patio enorme, del tamaño de una cancha de fútbol. Antes de meterme a la casa me quité la camisa junto con la pistola y la tiré a una coladera. En el interior nos cubrimos con unas macetas que estaban al lado del zaguán. En la calle se escuchaba mucho tráfico de pasos y voces. Nadie nos había visto saltar. Ahora nada más teníamos que esperar a que todo pasara. En ese momento pensé que a mi hija ya le habían cortado el cordón umbilical y lo único quería era conocerla. En nuestra respiración se escuchaba el pánico que teníamos. Poco después bajó un perro negro de las escaleras y se puso a ladrar con intensidad; sus ladridos me parecieron como si tuvieran un altavoz. Nos levantamos y corrimos todo el patio hasta una esquina. Le dije al Cocodrilo “vamos a entregarnos”: y él me respondió: “¡ni madres, primero me mato antes de volver a la cárcel!” Empecé a no saber qué hacer. El terror se me salía por los poros de la frente, convertido en gotas de sudor. De pronto empezaron a golpear

la puerta salvajemente. Debajo de la puerta se veían botas negras de tipo militar. Había llegado el momento de rendir cuentas. Adiós título, adiós Karina, adiós hija. Los problemas de mi casa me habían conducido a secuestrar; y los problemas del secuestro me condujeron aquí. Ya todo estaba perdido. El Cocodrilo desesperadamente abrió la cisterna del patio, sacó su pistola, la cargó y me dijo que nos metiéramos en el agua. En ese instante tiraron el zaguán y entraron muchos hombres con pasamontañas. Yo al no tener otra alternativa me metí a la cisterna. El agua estaba muy fría, mi cuerpo se contrajo y los músculos se endurecieron. Esperé ahí cinco segundos; después todo cambió. Esos no eran los planes. Lo único que sé es que el pan se nos cayó de las manos. Esa imagen se va a quedar grabada en mi cerebro para toda mi vida. Vi a través del agua que el Cocodrilo se puso el arma en la cabeza. Todavía como que lo pensó, y después me puso la tapa de la cisterna encima. Todo se oscureció y reinó el silencio. Lo negro y frío del ambiente me dieron tranquilidad. Al último se escuchó igual que un rayo: un balazo, ensordecedor y letal. Comencé a buscar oxígeno. Sólo había una tirita de aire, porque todo estaba lleno de agua. Ahora era yo el que tenía que optar entre la vida y la muerte: o me moría en la cisterna ahogado o empujaba la tapa y me refundían en la cárcel. No lo pensé mucho y empujando la tapa elegí la vida muerta.

Eso fue Todo lo que sucedió, el Cocodrilo se pegó un tiro en los sesos. A mi me dieron veinte años de prisión, porque sí hubo parte acusadora. Resultó que el conductor del trailer, me reconoció por la costra que tenía en la mano izquierda. Encontraron el arma y la camisa que tiré en la coladera; la troca que dejamos abandonada en la carretera tenía mis huellas dactilares en el volante. Cayó sobre mí toda la responsabilidad del robo, porque nunca encontraron a sus amigos del Cocodrilo, la empresa SONY también fue la parte acusadora. Quedé sorprendido al saber que el señor barbón de la troca y que luego vi en el hospital, era el tío de Karina, el mismo que nos iba a ayudar con el parto. Y esa vez que lo miré saliendo del hospital, era porque había ido a pagar los gastos médicos. Me duele pensar que mi vida hubiera sido diferente si en vez de coraje hacia él, hubiera sido admiración, nada de esto hubiera pasado.

Hoy vinieron visitarme a la cárcel Karina y mi hija. Mi niña ya tiene un año y se llama como ella. Se parece mucho a mí, bueno eso dicen los custodios del reclusorio.

Esta tarde cuando se fueron, se llevaron mi sonrisa. Lo único que me quedo es el olor de su perfume que huele a desodorante de baño. Las autoridades dicen que se hizo justicia y a mi me parece que mi novia no opina lo mismo. Ahora se que la libertad es lo mas valioso que puede tener el ser humano, se que la paz y la tranquilidad son incanjeables, se que yo mismo me busque estas rejas que me impiden ser libre y gozar de la vida. Como quisiera correr al primer puesto de tacos, bañarme con agua calientita o tener una almohada para soñar. Solo espero que algún día mis pensamientos se hagan realidad, que me salgan alas y huya de aquí para disfrutar de mi familia, mi entorno pero sobre todo de mi libertad. Aunque a veces tengo ánimos de

echarle ganas para que me reduzcan la sentencia, siempre llego a la misma conclusión que el estar encarcelado, sin ilusiones, sin futuro ni sueños, ni mucho menos sin familia, es estar muerto en vida: lo que yo en carne propia conozco como la vida muerta.

FIN